

1

Qué hacer ante un lapsus escénico

—¡Llena la bolsa! —gritó Gavin a la joven y atractiva cajera.

La cajera se le quedó mirando fijamente un instante, el miedo se abría paso por su cerebro, y solo fue capaz de moverse cuando Gavin especificó:

—De dinero.

Comenzó a meter rápidamente el contenido de su caja en la cartera de lona que Gavin le había lanzado, y lo hizo con tal eficiencia que Gavin tuvo que gritarle que parase cuando empezó a meter las monedas y los peniques.

—Por favor, cielo, solo los billetes —le dijo Gavin, y al momento tuvo que hacer todo lo que estaba en su mano para que dejara de rebuscar en la bolsa para sacar las que ya había metido—. Escucha, déjalas, déjalas donde están y simplemente pasa la bolsa a la compañera que está sentada a tu lado.

La cajera miró a su compañera y luego volvió la vista hacia Gavin.

—¡Sí! ¡A ELLA! —gritó.

Vince ya estaba harto y comenzó a gritarla desde el otro lado del banco.

—¿Estás intentando jodernos a propósito o qué? Dale la bolsa a tu compañera y deprisa, o empezaré a disparar.

Una vieja que estaba detrás de Vince acabó por volverse loca y soltó un grito de histeria que, por algún motivo que desconozco, me pareció divertidísimo, por lo que solté una carcajada. Supongo que serían los nervios.

—Daos prisa —intenté gritar junto con los otros, pero toda la frase sonó como una risa ahogada. Gavin, Vince, la cajera, su compañera y todos los clientes del banco dejaron lo que estaban haciendo en ese momento y se quedaron mirándome. Todos excepto la vieja que, en ese momento, ya pasada la histeria, tuvo otro ataque y comenzó a retorcerse por el suelo y a gemir como alma en pena.

—¿Estás bien? —me preguntó Gavin.

—Sí —le solté, pero no estaba bien. Me dolían tanto los costados cuando intentaba mantenerme firme que apenas podía sostener la pistola.

—Coge la puta pipa y apunta a esa gente. Y tú, date prisa con la bolsa, no tenemos todo el día.

Intentaba no mirarla, pero era imposible. En aquel momento era la cosa más divertida que había visto en toda mi vida y no era capaz de apartar la vista de ella. Lo único que me impedía mirarla sin pestañear eran los ríos de lágrimas que me caían por la cara y me nublaban la vista. Me sequé los ojos con el dorso de la mano e intenté encontrar la forma de parar de reír, pero no había manera. Un simple vistazo a

aquella adorable anciana rodando por el suelo con sus pololos desgastados a la vista de todo el mundo era suficiente para dejarme inutilizado.

—¡CB! —Gavin me gritó y me pasó las navajas. Respiré profundamente e intenté contar hasta diez, pero no pude llegar ni al tres sin que me vinieran a la mente imágenes de ancianas haciendo el ridículo en suelos de baldosas fríos y duros.

Mirándolo ahora, no tengo la menor idea acerca de qué me reía. Es más, no encuentro nada mínimamente divertido de toda aquella situación. Pero es lo que suele pasar con esos ataques de risa incontenibles, no se deben a algo especialmente divertido (y supongo que menos mal, porque si no, todos los del banco se habrían muerto de risa y no habríamos podido salir de allí nunca), pero son terribles porque, una vez empiezas, ya no puedes parar. Los actores, creo, lo llaman lapsus escénico. Les pasa continuamente y la mayor parte de la programación de la tele de los domingos la dedican a vídeos de actores partiéndose de risa, llamándose los unos a los otros «cariño» y dándose palmaditas en la espalda por haber jodido la escena a todos.

Gavin me gritó algo más, pero no pude entender lo que me decía. Estaba desesperado de dolor. A pesar de mi apariencia, no me lo estaba pasando nada bien. No podía aguantarme más. Y la visión de mi persona riéndose como un loco trastornado debió de sacar de quicio a la vieja, porque, de repente, fue como si estallase y comenzó a señalarme, mientras se tapaba los ojos e intentaba meterse tras una enorme planta de plástico. Todo esto no me hizo

ningún favor en absoluto y respondí de la misma manera con mi propio histerismo, hasta que fui recompensado finalmente por una agradable y creciente sensación de calidez que bajaba por mi pierna.

—¡Oh Dios, no! —mascullé e intenté paralo, pero toda la fuerza de mi estómago se había gastado en procurar que mis costados no se contrajeran espasmódicamente sin control. Consciente de mi total indefensión, mi cuerpo abrió los grifos del todo y, en cuestión de segundos, un gran parche oscuro empezó a extenderse por mis pantalones de pana. En ese instante logré recuperar cierto control sobre mis miembros y forcejeé para bajarme la cremallera. Esto resultó ser más difícil de lo que os podáis imaginar, pues en una mano tenía un revólver viejo y desgastado, y llevaba además unos guantes de conducir de cuero grueso, que se negaban a agarrarse al cursor de la cremallera.

El parche se había extendido ya hasta mi rodilla y avanzaba a un ritmo constante hacia mis zapatillas cuando al fin respiré, saqué a mi viejo compañero de mis pantalones y lo liberé. No pude evitar salpicar durante el proceso a algunos clientes y empleados del banco del surtido grupo que se encontraba en el suelo a mi alrededor, y debo admitir que no les hizo demasiada gracia, especialmente a la diminuta rubia emperifollada a la que no había quitado ojo hasta ese momento.

—¡*Ugh*, puto animal! —me gritó—. Eres un cerdo.

Tenía que haberme vuelto para que supiese lo que es bueno, pero en ese momento tan solo estaba absorto en

una abrumadora sensación de alivio al recobrar algo de mi compostura; si bien habrá quien diga que estar en medio de un Barclays Bank riendo como una hiena y meando a la gente a punta de pistola no es exactamente mantener la compostura. Un chaval de facciones marcadas que vestía un traje oscuro de raya diplomática comenzó a alejarse lentamente de la piscina de orina que fluía en su dirección. Algunos más hicieron lo mismo, hasta que Vince les gritó desde el otro lado del banco que se quedasen donde estaban.

Fue en ese momento cuando su ojo captó la razón de su desplazamiento.

—¿Pero qué coño estás haciendo? —me gritó asqueado.

Veréis, todo esto ocurrió en tan solo unos segundos. La vieja que se vuelve loca, mi lapsus escénico y después la apertura de compuertas. Todo esto ocurrió en poco más de diez o veinte segundos. El atraco solo duró tres o cuatro minutos, pero mientras atracábamos el banco (y también cuando me pongo a recordarlo) el tiempo avanzaba muy despacio. No sé por qué. Quizá porque en esos breves instantes estás más alerta y eres más consciente de todo lo que te rodea que en muchos otros momentos de tu vida. Tengo tantos recuerdos tan intensos, tantos detalles..., pero intentar traerlos todos a mi cabeza me puede llevar más de veinte minutos.

Bueno, el caso es que todo esto pasó en un tiempo tan corto, y Gavin y Vince estaban tan ocupados con sus propios cometidos que no habían reparado en mí hasta ese preciso instante. ¡Amigo!, y vaya si repararon en mí.

—¿Qué coño estás haciendo? —exclamó Vince—. No me lo puedo creer.

Gavin se dio la vuelta y se me quedó mirando mientras yo sacudía las últimas gotas.

—¿Pero... qué..., qué estás haciendo?

—Lo siento, no he podido evitarlo —le contesté.

—¿¡Que no has podido evitarlo!? Tú... Yo... Pequeño cerdo bastardo. Guárdate la polla y deja de dar por culo. Haz lo que se supone que tienes que hacer y apunta a esa gente.

Eso hacía. Los estaba apuntando con mi meada.

—Tú y yo vamos a tener una larga charla sobre esto después.

—Pero Gav... —empecé a decir.

—¡DESPUÉS! —me gritó.

Aquello fue como el sonido de un despertador para mí. Como un cubo de agua fría en la cara. Una píldora que te quita la embriaguez. Gavin podía ser la persona más terrorífica sobre la faz de la tierra si estabas en el bando equivocado. Veréis, además de estar al mando de la tripulación, de ser un hombre duro y un delincuente profesional, también era mi hermano mayor. Y ahí estaba yo, un estúpido tarado, que ni siquiera había llegado a afeitarme como es debido, jodiendo todo y haciendo el tonto en mi gran oportunidad para demostrarle que era digno de unir-me al grupo. Gavin frunció el ceño por debajo de su pasamontañas. Me estaba frunciendo el ceño, lo sé muy bien. Una mezcla de decepción y desaprobación, quizá con una pizca de violencia demente. Sabía lo que venía después. Ya he tenido antes esas «charlas» con Gavin y no es

una persona que desperdicie las palabras. Me pregunté, solo durante un instante, si no debería dispararle mientras todavía tuviera la pistola. O mejor aún, dispararme a mí mismo y así le ahorra una preocupación más a la Seguridad Social. O incluso mejor, disparar a la vieja por hacer que me meara encima; al fin y al cabo, ella tuvo la culpa de todo. Llegado el momento, no hubiera hecho ninguna de esas cosas, sobre todo porque Gavin se había asegurado antes del golpe de que me dieran una pistola sin cargar. Supongo que no le apetecía demasiado recibir un disparo en el bazo mientras yo comprobaba la dureza del gatillo, antes siquiera de bajarnos del coche que íbamos a usar para huir de allí. Y tal como habían ido las cosas, era una buena razón.

Sin embargo, yo no lo sabía en ese momento y solo me di cuenta cuando apreté sin querer el gatillo mientras me rascaba la pierna con el cañón de la pistola. Gavin debió de haber oído el clic por encima de todo lo demás que estaba pasando, porque me lanzó una mirada (probablemente para ver adónde apuntaba la pistola) y tomó nota mentalmente para tener otra «charla» conmigo sobre la seguridad de las armas. Además de Gavin, creo que el tipo del traje de raya diplomática también se debió de dar cuenta, porque su actitud hacia nosotros (bueno, más bien hacia mí) se volvió sensiblemente más hosca. El pobre infeliz temeroso y agazapado de hacía dos minutos, aquel que se habría tumbado en el charco de mi meada y se habría sentido afortunado por ello, se había volatilizado. En su lugar había un hombre con odio en el rostro y al que no le daba miedo mostrarlo. En su

lugar había un hombre que había sido humillado, sometido y salpicado, todo por el miedo a ser disparado, solo para descubrir después que no había balas con las que dispararle. En su lugar había un hombre que quería matarme. No es que hiciera nada al respecto; después de todo, aun sin balas, una pistola es un trozo de metal viejo y pesado con el que te pueden golpear en la nuca. Y allí estábamos tres de los nuestros, por lo que siguió donde estaba, frunciéndome el ceño como todos los demás sin hacer nada al respecto. Bueno, casi nada. Vi por el rabillo del ojo cómo juntaba los dedos y hacía que disparaba a mi espalda cuando nos íbamos, un acto de valentía que probablemente todavía siga contando a sus amigos.

Cuando salimos del banco y saltamos dentro del Cortina que nos esperaba fuera, me invadió de repente una sensación de miedo e inquietud. Sabía cuál iba a ser mi parte del botín y, para ser sinceros, no es que me emocionara la idea. Gavin me lanzó al asiento trasero y subió al coche después de mí. Sid pisó a fondo el acelerador y nos alejamos a gran velocidad. Gavin debía de saber todo lo que me rondaba por la cabeza. Probablemente, fue el instante en que permanecí en la acera, ya fuera del banco, preguntándome si simplemente debería intentarlo y poner pies en polvorosa, pillar un autobús y volver a casa de nuestra madre antes de que mi hermano mayor tuviera la oportunidad de darme una paliza.

No la tuvo.

Aquella tarde, mientras Sid y Vince repartían el dinero (en tres partes), Gavin me dio una sólida base sobre las reglas del atraco. Me las repitió varias veces para asegurarse de que no las olvidaría, junto con «ahora ya no te ríes, ¿eh?» y «venga, haznos reír, pequeño hijo de puta»... Vince quería venir y ayudarle también, pero Gavin jamás dejaría que se me acercase. Yo era su hermano menor y nadie podía tocarme salvo él.

Bueno, ¿para qué están los hermanos?

Fue una lección que me dejó una impronta permanente.

En el sentido más literal de la palabra.

Ese fue mi primer atraco. Solo tenía diecisiete años. Y entonces pensaba que sería mi último atraco. Gavin me prometió que nunca más volvería a dar un golpe conmigo.

Nunca.

Solo me llevó cinco años y muchas súplicas hacer que cambiara de idea.

Y cuando lo logré, estaba decidido a que nada me lo jodiera.

2

Recuerdos de Melvin

Comprobé la pistola antes de salir del coche para ver si estaba cargada y me llevé una buena sorpresa al descubrir que así era. Estaba claro que Gavin había olvidado mi descuido de la última vez y me había confiado un cargador con balas de verdad (supuse que eran de verdad, claro). Esto puso mi autoconfianza por las nubes y me hizo sentir que realmente formaba parte del grupo. Estaba resuelto a corresponder su confianza no disparándome (ni a mí, ni a ninguno de ellos) accidentalmente durante los diez minutos siguientes. Era mayor, más sabio, venía ya meado de casa y tenía la segunda oportunidad que jamás pensé que me fueran a dar.

Nada, y cuando digo nada, es nada, iba a interponerse en mi camino.

—¿Listo? —preguntó Gavin mientras me lanzaba una mirada severa.

—Sí. Listo —le respondí con una mirada dura, de las que yo sabía poner.

—Sid, es aquí —le dijo Gavin mientras parábamos el coche fuera de la sociedad de crédito hipotecario—. No lo olvidéis, tres minutos y medio como máximo. Después, todos fuera. ¿De acuerdo?

Todos dijimos que sí, nos cubrimos la cara con los pasamontañas, salimos del coche y nos dirigimos a la puerta. Una fracción de segundo después de que entráramos, Vince me golpeó ligeramente con el codo en la espalda y me dijo:

—Escucha, meón. Una sola gota y te las verás conmigo. ¡Menudo sambenito me había caído encima!

Y efectivamente, eso es lo que ha sucedido. Incluso ahora, tras veinte años como ladrón profesional y probablemente más de cien atracos a mis espaldas, todavía pillo a veces a los chicos mirándome las perneras de los pantalones por el rabillo de sus ojos. Hace mucho que dejé de intentar explicarles qué ocurrió y por qué, y he asumido que esto me acompañará el resto de mis días. Quizá incluso salga en mi epitafio. Ya lo estoy viendo:

RIP Chris Benson

1962-20??

Se meó encima en el Barclays

No era como había planeado que se me recordara, pero supongo que no hay mucho que pueda hacer al respecto. ¿Qué era lo que decía Óscar Wilde?

«Hay solamente una cosa en el mundo peor que hablen de ti, y es que no hablen de ti». Esto, por supuesto, no es más

que una sarta de gilipollices. Estoy seguro de que si toda la educada sociedad londinense anduviese todo el tiempo contando chistes sobre Óscar cagándose encima, no habría tardado mucho en desear que todos ellos se callaran.

Vince no me quería con ellos. Tampoco Sid, por lo que ocurrió, pero Gavin les había dicho que yo iba y no había más que hablar. Sabían en qué lado de su tostada estaba la mantequilla y no iban a discutir con Gavin. Gemirían y se quejarían y dirían: «te lo dije», en el furgón de la policía camino del juzgado, pero ninguno de los dos se enfrentaría a Gavin. Hay cosas que no merecen la pena. Gavin les dijo que «me necesitaban»; me gustaba aquello: «me necesitaban». El tío al que yo sustituía ese día tenía gripe y no podía hacerlo (hasta los atracadores de bancos tienen que pedir la baja por estar enfermos), por lo que fui reclutado como sustituto de última hora. Todos los posibles candidatos a sustituirlo estaban en prisión o de vacaciones, o bien no eran de fiar.

—¡Todo el mundo al suelo! ¡Esto es un atraco! —gritó Gavin nada más entrar.

Yo entré después, y me dirigí rápidamente a mi derecha para empujar a la gente al suelo, mientras que Vince cerraba la retaguardia y vigilaba la entrada.

—¡Al suelo, al suelo! —grité a unos cuantos clientes desperdigados y los tiré al suelo (en una sociedad de crédito hipotecario, ¿son clientes o socios? Fuere como fuere, en cuestión de segundos les tenía a todos boca abajo, chupando linóleo). ¿Sabes?, es curioso, pero cuanto más en forma, antes se tiran al suelo. Podrías suponer que los jóvenes

fuertes, viriles y trajeados montarían el numerito en plan bravucón y que serían las amas de casa, mayores y gordas, las que se desmayarían cual asustadas damiselas, pero no es así. Por mi amplia experiencia, puedo decir que son esas viejas quejicas las que refunfunarán y se quejarán, y te llamarán la atención diciéndote que qué sinvergüenza eres apuntando a una dama con una pistola y «si mi Ron estuviese aquí, te iba a enseñar un par de cosas», mientras los jóvenes trajeados les gritan desde la seguridad de su escritorio que se callen y que se agachen antes de que hagan que les maten a todos. Son esas viejas sargentas las que causan todos los problemas y las que hacen que el pobre y viejo Ron acabe muerto. Si no se revuelcan en el suelo echando sapos y culebras por la boca, te fustigan con sus lenguas y permanecen arrogantes y altaneras ante la agresión.

Las odio.

Si bien debo decir que en este golpe no tuve tal problema.

—¡Permanezcan en el suelo! —grité, y golpeé fuertemente con mi pie el cuello de algún joven petimetre.

Vince hacía lo mismo detrás de mí, amedrentando y derribando a patadas a todo aspirante a héroe.

Gavin lanzó la bolsa a la chica que estaba más cerca y le dijo que la llenara y rápido. Chica obediente y eficaz, vació su caja en la bolsa y la pasó a su izquierda.

—Dense prisa —gritó Gavin sin necesidad, pues a mi parecer lo estaban haciendo bien, pero Gavin era el jefe y un veterano en estos menesteres.

No sería yo quien le dijera cómo debía atracar bancos.

Supongo que lo que Gavin estaba haciendo podría compararse con lo que hacen los vaqueros que llevan el ganado por las llanuras en el Oeste. Desde Montana a México, estos simplones desdentados gritarían «¡yii-ha!», «¡arre!» y cosas por el estilo a un enorme número de vacas que, para ser francos, no tenían ninguna pinta de ir a aminorar la marcha. Lo harían, sin embargo, para que el rebaño siguiera avanzando y, probablemente, porque se aburrían.

—En la bolsa, ¡rápido! — gritaba Gavin—. Muévete.

—Dos minutos —gritó Vince desde algún lugar del fondo—. Vamos, pongámonos en marcha.

Alguien a mi derecha alzó la vista un instante y fue recompensado con una patada en las costillas.

—¡No te levantes, hijo de puta! —le grité.

—Pasa la bolsa, vamos, dásele.

La última mujer que se encontraba detrás de la ventanilla pasó la bolsa a Melvin, y Gavin le ordenó que vaciara su caja en ella. No sé si Melvin era su nombre. Lo dudo. Pero tenía cara de llamarse Melvin y es el nombre que le he puesto desde entonces. Para mí, siempre será Melvin.

Melvin, al principio, obedeció como los demás y llenó la bolsa con lo que contenía su caja, mientras Vince nos gritaba a Gavin y a mí que solo nos quedaba un minuto.

[...]